

De campo a campo, de lectura en lectura

Julián David Flórez Uribe

19 años de edad. Oriundo del municipio de Jericó, Antioquia, y egresado de la I. E. Escuela Normal Superior del mismo pueblo. Actualmente estudiante de quinto semestre de la Licenciatura en inglés y español de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Apasionado por la artes, guitarrista, dibujante a veces; amante de la naturaleza, de la escritura, de compartir, de conocer gente nueva, y alguien a quien le gusta aportarle algo a los demás por pequeño que sea.

Mi escape de la realidad está en los sonidos distorsionados pero armoniosos que mi guitarra reproduce. En la música encuentro el resguardo y el escudo que me permite empujar y cubrirme de vida, y en la escritura la senda que le da sentido a esta.

En las verdes montañas con olor a café y mora del municipio de Andes, se encuentra un corregimiento que por su nombre inspira frescura y tranquilidad: Buenos Aires. En este lugar, lleno de gente trabajadora y “verraca”, creció una persona que desde muy temprana edad se caracterizó por tomarse la frase “ser siervo del Señor” muy en serio.

Desde pequeño Aurelio resaltó por su amabilidad y timidez, y esto se notaba aún más cuando hacía las de monaguillo en el templo de la comunidad. “En la escuela, no es que fuera tan diferente, pues siempre se le dificultaba un poco la interacción con los otros”, comenta su madre, Ubieli. En aquel pequeño corregimiento –llamado también “la nevera” por muchos, debido al clima casi polar que hace cuando bufa el viento proveniente del páramo Los Farallones del Citará–, no es que exista mucho para entretenerse, a un infante en esa época le tocaba fiarse de su imaginación para recrearse. Los niños, siempre inquietos, saltaban de potrero en potrero molestando vacas, y de cultivo en cultivo robando moras para comer con azúcar, todo esto a espaldas de sus madres. Fue en ese poco manojito de oportunidades para el ocio que Aurelio descubrió el mundo de la lectura y las dimensiones a las que esta le transportaba.

“Empecé leyendo la biblia, pero me pareció muy complicada y se la dejé al sacerdote por el momento”, nos contó Aurelio. Claramente se dio cuenta de que es un texto bastante difícil de leer, y más para un pequeño de 7 años ya que no entendería mucho. Más bien empezó por la papilla, por cosas más fáciles de entender, tales como cuentos o fábulas que fueran más comprensibles y en un lenguaje sin muchas figuras literarias complejas que significaban un acertijo para él.

Pasaba así sus tardes el pequeño monaguillo sentado en las escalas del templo o de su casa leyendo historias y aprendiendo moralejas, mientras los otros niños jugaban con un balón desmechado o con lo que tuvieran al alcance y su ingenio transformara en juguete. “Yo también jugaba, pero solamente cuando me tiraban el balón y me tumbaban el librito que tenía, o también cuando me dolía el cuello porque me tocaba leer sentado; la verdad es que jugaba poco porque también me cansaba muy rápido”, nos comentó.

Aurelio aprovechó su niñez y adolescencia devorando libro tras libro, tanto así que ha perdido la cuenta de cuántos ha leído. Tras empezar con lo más fácil, poco a poco con el tictac del reloj, la dificultad de sus lecturas fue aumentando, hasta tal punto de que su vocación religiosa y gusto por la lectura le llevaron a estudiar Filosofía y Teología en el Seminario Eudista de Bogotá. La complejidad y dedicación que le tenía que poner a los textos de diferentes filósofos tanto de la iglesia como clásicos fue tan exagerada, que empezó a aparecer sobre su cabeza aquel manto blanco que usualmente solo cae sobre la gente mayor cuando estos ya han acumulado muchas experiencias y, por ende, mucho tiempo.

“Me tocó aprender de nuevo a leer prácticamente; esos textos filosóficos lo obligan a uno a ir más lejos, a no quedarse con lo extrínseco y buscar el más allá, lo intrínseco”. Aurelio aprendió una serie de técnicas para facilitar su comprensión de un texto. Primero, leía; luego, seleccionaba unas palabras claves y con ellas creaba una oración (ya fuera afirmativa, negativa o interrogativa) que resumiera el párrafo o el apartado sin perderle el sentido para facilitar así su comprensión global.

Recuerda él las noches que estuvo leyendo hasta que el frío de la madrugada le helaba el alma y veía el alba por su ventana. Fueron muchas las noches que pasó en esa faena de lectura y café; pero él no gastaba sus horas de sueño solo porque las lecturas fueran largas, lo que más le demoraba era el hecho de leer y a la vez entender.

El Hermano Aurelio, como dice que lo llamen, supo exactamente desde el momento que empezó su carrera que la lectura no es simplemente leer; no, él se dio cuenta de que la lectura es un proceso demasiado complejo que involucra mucha concentración y energía. “Muchas veces leemos mal, ya sea porque lo hacemos rápido, o porque perdemos el hilo del texto y terminamos respondiendo con nuestros propios criterios, mas no con los del autor”. Aurelio, otrora el pequeño acólito, está ahora terminando sus estudios, y en toda su carrera ha alcanzado muy buenas notas que dan cuenta del tiempo que le dedica a la lectura. Actualmente, está de misión en una zona alejada de Colombia, de esas olvidadas por el Estado y que solo conocen los que allá viven. Vive feliz ayudando a los demás, sirviendo a Dios y leyendo acostado en una hamaca en el lugar que por este año se convirtió en su hogar: el corregimiento de Yarima en Santander.